

# EN LAS RUINAS DE CLUNIA

POR

IGNACIO CALVO

---

(De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.)

---

G-F 11110

MADRID

DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS»

*Olórgaga, 1.—Teléfono 3.185*

1916



DGCL  
A

# EN LAS RUINAS DE CLUNIA

POR

IGNACIO CALVO

---

(De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.)

---

MADRID

TIP. DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS»

*Olóřaga, 1.—Teléfono 3.185*

1916

Tot. 136526 C. 1171372



R 127097

## EN LAS RUINAS DE CLUNIA

---

MUCHAS páginas se han escrito, y no pocas fueron publicadas acerca de esta ciudad hispano-romana, conocida también por el nombre de Clunia-Sulpicia; pero en todos los citados escritos se nota que sus autores, aunque muy competentes en los estudios de investigación arqueológica, no dispusieron de tiempo ni de medios adecuados para desentrañar ciertos datos escondidos más adentro de la corteza de la tierra, que puede dominar la vista de un investigador pasajero. Por esto, y como complemento de la meritísima labor de los que recorrieron el primer velo que cubría la historia de antiguas poblaciones, viene el segundo trabajo, dispuesto por la Junta Superior de Excavaciones, y que tiene por objeto ahondar en el subsuelo de las ruinas, para sacar a golpe de azadón lo que por otros medios sería imposible.

Encargado yo, por la citada Junta, de este segundo trabajo, me creo en el deber de dar públicamente cuenta de mi comisión oficial, en la creencia de que mis datos serán provechosos para asentar alguna verdad más, en la ya muy conocida historia de nuestra antigua y célebre capital del convento jurídico cluniense.

Como preliminar y base firme de este trabajo, he de repetir lo que los primeros investigadores de las ruinas de Clunia dijeron: En primer lugar, es indudable que el emplazamiento de esta ciudad fué la meseta que en su parte superior forma un cerro que se levanta en el término de la villa de Peñalba de Castro, partido de Aranda de Duero, provincia de Burgos, y que tiene por aledaños, las vegas de Coruña del Conde, Hinojar y Quintanarraya. Esta planicie, antiguo solar de Clunia, se eleva unos 960 metros sobre el nivel del mar, 100 metros sobre el cauce del río Aran-

dilla, que es el más próximo, y tiene de perímetro próximamente 7.800 metros.

En estas ruinas se han encontrado, desde el siglo XVI hasta nuestros días, testimonios irrecusables de dos poderosas civilizaciones, una celtibérica y otra romana, siendo indudable que su suelo estaba en los confines de la antigua Celtiberia y dentro de la región de los arevacos.

El terreno es terciario, con gruesa veta de piedra caliza, asentada sobre profundo estrato de arcilla, primero amarillenta y luego progresivamente roja.

Este cerro tiene diez y seis salientes bien pronunciados, que dominan a varios barrancos, de los cuales son interesantes los llamados: Colmenarejo, Cuevas ciegas, El Toril, El Bocino y El Boquerón. Hacia el comedio de la planicie está erigida una amplia ermita, donde se venera una imagen de María Santísima, con el título de Nuestra Señora de Castro.

Previos estos datos, ya muy conocidos, intentaré reconstruir la historia de este antiguo solar español, llamado a caer en el más triste olvido, si no fuera por el interés que sobre su existencia despertaron cuantos me precedieron en esta clase de estudios.

#### CLUNIA PREHISTÓRICA

No llegó hasta mí la noticia de que publicista alguno haya escrito acerca de las primeras huellas que el hombre dejó en los términos que ocupó la después célebre ciudad de Clunia; sin embargo, es indudable que nuestros aborígenes eligieron este sitio para establecer sus rústicas viviendas, como lo prueban los restos de cerámica y las armas prehistóricas encontrados en estos últimos tiempos.

La mayor importancia de las posteriores civilizaciones, ibérica y romana, que aquí se desarrollaron, fué, sin duda, causa de que no se hicieran investigaciones serias acerca de las anteriores; por esto han quedado sin explorar las innumerables cuevas que todavía existen en el barranco que, por ellas, aún se denomina: *Cuevas ciegas*, que mira al Saliente, y en el otro, llamado de *El Boquerón*, que mira al Poniente.

Aparte de la cerámica y de las armas prehistóricas del término de Clunia, que he visto, no sólo en Peñalba sino en el monasterio de Silos, tengo poderosas razones para asentar como verdad indiscutible la existencia de habitantes en este sitio desde los más remotos tiempos.



El principal pensamiento que preocuparía al hombre primitivo sería, de un lado, preservar su existencia y la de su familia de las acometidas de las fieras y de los rigores del tiempo, y de otro, tener a la mano sitios donde se pudiera proporcionar caza o pesca que les sirviera de alimento. Para conseguir lo primero, tenía las grutas naturales abiertas en las rocas, y para lo segundo los bosques y los ríos contiguos a las grutas elegidas para mansión.

No bastando para el complemento de la vida ordinaria estas circunstancias esenciales a ella, procuraban que estas grutas estuviesen situadas sobre elevadas colinas, a fin de dominar con la vista un extenso horizonte, y orientadas hacia el Mediodía o Saliente, para obtener las ventajas de la temperatura y de la luz.

Todas estas condiciones reúnen las grutas todavía existentes en el terreno que ocupó la antigua ciudad de Clunia, cómo puede comprobarse recorriendo los barrancos llamados Colmenarejo y Cuevas ciegas. No creo tampoco falto de fundamento, el afirmar que en el barranco donde después se edificó el teatro, hubo cuevas habitadas por los aborígenes antes de la Edad del hierro.

La veta de roca cretácea que corona todo el cerro que sirvió de asiento a Clunia es, por su espesor y consistencia, la más a propósito para esta clase de habitaciones del hombre primitivo, y no creo difícil que, si algún día se hicieran exploraciones reposadas y metódicas, se encontrasen huellas de las primeras civilizaciones hasta en los barrancos que miran al Poniente, donde todavía se encuentra una gran cueva a la que no faltan misteriosas tradiciones.

No me aventuro a sostener que los hombres de la época paleolítica habitaran aquí; lo que sí sostengo es que en la neolítica sí vivieron y formaron un núcleo importante, cuyo principal centro fué el barranco llamado hoy Cuevas ciegas. En dos días, con cuatro peones, hice un avance de exploración en estas cuevas. En una de ellas se ven claramente huellas de la mano del hombre; es una cueva casi exclusivamente artificial, con entrada angosta, que se ensancha a medida que penetra en el fondo. A uno y otro lado de esta entrada hay restos de muro que parecen de época posterior a la en que se perforó la cueva. En el día, está completamente atorada con arcilla roja, no viéndose señales de haber sido explorada en los tiempos modernos, pues la poca tierra que se encuentra removida sólo reconoce por causa que hace unos años llegó a Peñalba un desconocido,

diciendo que había soñado que en esta cueva había enterrados muchos tesoros, y alucinó por de pronto a dos vecinos de este pueblo, que a los dos días de trabajo infructuoso para su objeto abandonaron la empresa. En la zanja que yo mandé abrir para explorar la entrada de la cueva encontré una punta de flecha de perñal, y pequeños trozos de cerámica prehistórica: también salió una calavera y varios huesos humanos. que eran de época más reciente.

Adquirido el convencimiento de la existencia de hombres prehistóricos en este sitio, y ante el temor de no poder terminar debidamente una exploración que podía ser fecunda en datos arqueológicos de la región, suspendí los trabajos, aguardando mejor ocasión para continuarlos. Creo, pues, oportuno suministrar los datos que preceden, en la seguridad de que algún día pueden ser provechosos a los que se dediquen de un modo especial a estudiar los tiempos prehistóricos en esta región del Duero.

#### CLUNIA IBÉRICA O PRERROMANA

Una de las preguntas que con insistente tenacidad me han dirigido, durante mi estancia en las ruinas de Clunia, ha sido ésta: ¿Se puede saber con fijeza la época de la fundación de esta ciudad? La respuesta categórica y cierta no creo la haya dado hasta hoy historiador alguno, y mucho temo que se pueda dar en lo sucesivo. Yo la he sorteado lo más hábilmente posible, contrapreguntando así: ¿A qué Clunia se refiere la pregunta? ¿A la ciudad que existía ya en tiempo de Sertorio o a la existente cuando Galba fué proclamado emperador de Roma? Esta réplica, un tanto capciosa, hace divagar al curioso interrogante, y soslaya la conversación hacia otros puntos de menos difícil historia. Esto, que en una entrevista de camino se puede permitir, no cabe en un estudio de investigación histórica; por esto emitiré mi opinión, que sólo creo aproximada a la verdad. Antes es preciso convenir que las poblaciones, en general, no pueden tener, como los individuos, fecha fija de nacimiento. Empezaron quizá a existir cuando los habitantes de una cueva o de una cabaña crecieron en número, y viendo que el terreno daba lo suficiente para la vida de más numerosos individuos, habitaron otra cueva próxima o fabricaron otras cabañas contiguas a la primera. Tal vez el principio de una población fué una fortaleza bien situada o una casa de campo propia de un poderoso que tenía a su servicio multitud de criados.



En este sentido, el solar de Clunia ya tuvo habitantes desde los tiempos más remotos y bastantes habitantes de seguro, en la época de la piedra pulimentada, o sea, próximamente, unos 1.500 años antes de Jesucristo; pero la época en que esos habitantes semisalvajes salen de sus cuevas y abandonan sus rústicas chozas, para habitar en edificios hechos de piedra más o menos tosca, agrupados en forma parecida a las poblaciones actuales, esa época debe traerse, por lo menos en lo que respecta a Clunia, a tiempos más cercanos a nosotros.

Según algunos, la Edad del hierro aparece en España hacia el siglo VIII antes de Jesucristo, y en esa época ya hay comercio exterior y frecuente con países más civilizados. Este comercio, que es indubitable en todo el Sur y Mediodía de la Península, pudo retardarse en llegar al interior, un buen espacio de tiempo, que no creo fuera más de un siglo; de todos modos, se puede afirmar que ya en el siglo VI, anterior a nuestra Era, había núcleos de población en el solar de nuestra ciudad arevaca. Tres debieron ser estos núcleos, a mi entender: el principal estaría en el barranco llamado hoy los Pedregales; el segundo, en la parte baja de Cuevas ciegas, y el tercero, al pie del barranco Colmenarejo, todos ellos próximos al río Arandilla, en su margen derecha, sin perjuicio de habitar, con fines estratégicos, en el altísimo cerro que separa las vegas del Arandilla y del riachuelo que, naciendo en Espejón, muere en la vega de Hinojar.

No es infundada esta opinión. En los Pedregales, y a pesar de haber extraído de su suelo enorme cantidad de piedra con que se construyó gran parte de Clunia romana, se ven todavía indicios de haber tenido habitantes de cierta cultura, en los dos cerros que limitan el barranco, el cual, y en toda su extensión, tiene capas subterráneas perfectamente distintas y correspondientes a cuatro civilizaciones sucesivas, a saber: post-romana, romana, ibérico-romana e ibérica.

Estas capas no son en todos los puntos de igual espesor; en la parte más alta casi se confunden; en la parte baja, lo ibérico-romano está a cuatro metros de profundidad, y lo ibérico neto, a cinco, no pudiéndose ahondar más a causa del agua que brota sin cesar en cada golpe del azadón.

En los otros dos núcleos de población hice idénticas exploraciones con resultado parecido; de lo que deduzco que la población de Clunia existía ya en el siglo VI antes de Jesucristo, aunque no ocupaba sino en pequeña proporción las alturas del cerro en que después tuvo su situación definitiva.

Concretando, pues, mi opinión acerca de la llamada fundación de Clu-

nia, creo que hasta el siglo VI antes de Jesucristo los habitantes de estos terrenos no formaban núcleo importante que pudiera denominarse población; desde el siglo VI hasta mitad del III, se agruparon más, formando una entidad numerosa que, sometida a ciertas leyes de ruda sencillez, vivió en paz, dedicada al pastoreo, a la caza y a la agricultura, y al llegar el año 230, en que el cartaginés Amílcar Barca, no contento con la sumisión de las regiones del litoral ibérico, penetró en el interior de la Península; viendo estos hombres del solar cluniense que su independencia secular se veía en peligro, dejaron sus rústicas viviendas próximas a las corrientes, y uniéndose bajo la dirección de un experimentado jefe, subieron a las alturas del cerro y allí levantaron edificios más sólidos y más inmediatos al que había de ser el principal baluarte de su defensa. Siendo verosímil esta suposición, la verdadera fundación de Clunia puede colocarse entre los años 225 a 215 antes de Jesucristo.

A partir de esa fecha hasta el año 49, en que Afranio, lugarteniente de Pompeyo, sometió de un modo definitivo a Clunia, debe referirse el período ibérico neto de esta ciudad y dentro de él colocar la multitud de objetos que con ese carácter de ibérico se han exhumado de sus ruinas. Los dos hallazgos de mayor relieve histórico que referentes al arte ibérico de Clunia se conocen son: el cipo, encontrado el año 1774, de que da cuenta Loperráez en su *Descripción del Obispado de Osmá*, y otros cuatro que describe el P. Naval en el tomo I del *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1907.

En el hallazgo de 1774 hay una inscripción ibérica, cuyo significado no puede saberse de cierto; pues suponiendo que sus letras estuvieran bien copiadas y suponiendo además que la correspondencia de ellas con las nuestras fuera la que dicen los filólogos, esa inscripción diría lo siguiente: *NVRVCANAV*. En el hallazgo notificado por el P. Naval hay otra inscripción que, dados los mismos supuestos, diría: *CRIARATIELIN*. En la primera inscripción se ve el relieve de un hombre armado de escudo y puñal, frente a un toro, y en la segunda se ve otro relieve representando un hombre a caballo, quizá un guerrero, igual en muchos detalles al jinete que sirve de reverso a las monedas ibéricas de la España citerior.

No es fácil acertar el destino dado en su origen a estas piedras. Alguien opina que pudieran ser estelas funerarias. No creo descaminado de la verdad este parecer, no viendo dificultad en que la parte labrada sobresaliese del suelo, y la no labrada estuviese clavada en tierra y al lado preci-

samente de la urna cineraria que guardaba los restos del difunto, cuyo nombre sería el indicado en esa inscripción ibérica de que se da cuenta más arriba. En este caso, las estelas funerarias llenarían cumplidamente su objeto expresando el hecho más culminante del difunto por el relieve y su nombre por los caracteres ibéricos adjuntos al relieve.

Buena ocasión sería ésta para hablar acerca de las necrópolis ibéricas, de las que no se hizo todavía un estudio concienzudo; pero creo no se hará esperar, dada la competencia y el gran número de ellas que van explorando, de una parte el sabio arqueólogo y prócer ilustre señor Marqués de Cerralbo, y de otra parte el infatigable y afortunado explorador arqueológico Sr. Morenas de Tejada. El primero ya nos ha dicho mucho en sus publicaciones y en sus conferencias arqueológicas, de fama mundial; pero los iniciados en estos estudios deseamos más, necesitamos más.

Yo, después de estudiar cuidadosamente la necrópolis de Gormaz, trabajé con verdadero ahinco para encontrar la correspondiente a la ciudad Clunia ibérica, y creo la encontré en el barranco de los Pedregales, al unirse con la vega del río Arandilla, mas con la desgracia de que la capa correspondiente a los enterramientos estaba muy profunda y completamente encharcada; en su consecuencia, toda exploración fué inútil.

Aunque las necrópolis ibéricas hasta hoy encontradas están próximas a los ríos, no creo que fuera el río lo que buscaban los iberos para inhumar sus difuntos; lo que buscaban principalmente era un terreno compacto y exento en absoluto de piedras que dificultasen la perforación para el emplazamiento de la urna cineraria. Estas urnas, de pequeño volumen (pues tendrán de cabida poco más de dos litros de agua), no deberían guardar todo el cadáver sujeto a la cremación, sino una parte de él, tal vez los huesos del cráneo, los de las manos y algún otro que ellos considerarían importante. En el asiento de estas urnas están las armas, y en el interior, con los huesos carbonizados, algunos objetos de uso común, como anillos, fíbulas, etc., etc.; al lado de cada una de ellas, una piedra, o mejor dicho, una losa generalmente sin labrar; pero en algún caso labradas en bruto y colocadas en forma de cuña que sirviera de base y sostén a una parte saliente a la superficie, y en la cual pudo estar el relieve y el nombre alusivo al difunto.

¿Sería éste el primer destino de las cuatro piedras recogidas por el P. Naval y el de la vista por Loperráez? Si fuera así, me aventuro a decir que las cinco fueron recogidas de la necrópolis ibérica que probablemente

hubo en los Pedregales, y me fundo para esto en los siguientes datos: la estela de Loperráez estaba embutida en la muralla romana del teatro, muralla que fué derribada por los vecinos de Peñalba en el año 1774 para llevar sus piedras a la obra de la iglesia parroquial, y las estelas del P. Naval se encontraron un poco más arriba, y a la derecha de la ermita de Nuestra Señora de Castro, formando parte de una basa, que supongo sería de las que sostenían las columnas del Foro.

En las excavaciones verificadas durante la campaña de 1915, al descubrir los cimientos de la misma muralla del teatro y algunas basas de las columnas del Foro, los obreros, entendidos en cantería, me aseguraron que tanto las piedras del cimiento de la muralla como las demás que son de caliza blanca y blanda y están repartidas en las ruinas de la ciudad, no pueden haber sido extraídas más que de las canteras de los Pedregales, pues en el resto del término no existen de la misma clase. Según esto, la mayor parte de muros de Clunia romana se hicieron con piedras subidas desde el barranco dicho, y por tanto, nada tendría de extraño que, encontrando allí mismo estas piedras, que llamarían su atención, las cargarían con las otras para que formasen parte de los muros.

Esta misma costumbre se ha seguido después, al sacar piedras de la ciudad en ruinas para edificar los pueblos modernos; por esto apenas hay edificio en Peñalba que no tenga embutida en sus muros alguna piedra labrada de época romana.

Otras dos piedras con relieve de arte ibérico y dignas de atención existen en Peñalba: una en el portal de la casa de Nicanor Pérez, y otra en casa de Jerónimo Peñalba. En la primera se ven las figuras de dos como niños, completamente envueltos en premiosos paños, por el estilo de las momias egipcias, y en medio de ellos hay una hacha bipenne, y en la segunda hay escudos, hacha bipenne, casco y manojos de flechas. En ninguna de ellas hay inscripción, y es seguro que no sirvieron de estelas funerarias como las anteriores, siendo lo más probable que fueran los frentes de sepulcros de estilo casi romano.

Entre estas piedras sepulcrales y las estelas funerarias se notan diferencias que marcan dos épocas distintas de la población de Clunia, la primera netamente celtibérica, y la segunda, de transición entre lo ibérico y lo romano; después de estas piedras dedicadas a los muertos, vienen exclusivamente las lápidas funerarias con inscripciones latinas y que tan abundantes son en el perímetro de esta ciudad.

Indicada por las piedras labradas, la vida progresiva de los celtíberos de Clunia, es ya fácil distinguir la misma vida por los objetos de hierro. Abajo, en los Pedregales, en la capa subterránea que juzgo como ibérica, y que ya dije estaba encharcada, encontré conglomerados de tierra y óxidos de hierro en que se veían deshechos trozos de espadas y puñales del tipo ibérico, y en uno, menos corroído, cierta arma ofensiva con mango hueco y hoja curva, hallando también dos puntas de lanza, con mango hueco y hoja en forma de pirámide. En lo alto del cerro hallé, a tres metros de profundidad y bajo el subsuelo de lo romano, parte de un hacha con mango muy grueso y perfectamente cuadrado y algunas puntas de flecha del tipo hoja de laurel con mango hueco, cuyos objetos deben pertenecer a la época que antes llamé de transición.

La cuestión referente al desenvolvimiento artístico de la cerámica en Clunia encierra graves dificultades que creo haber solucionado con los trabajos de investigación hechos en las últimas excavaciones. Generalmente se ha creído que los vasos de barro blanco con pinturas en color negro figurando animales, en especial liebres, conejos y peces, eran exclusivamente ibéricos y de época anterior a Augusto. Yo creo que la mayor parte de los encontrados en esta región fueron fabricados en el siglo II de nuestra Era y después. Al decir la mayor parte, es que admito algunos anteriores a la conquista romana y de los cuales he conservado una muestra, para que sirva de punto de comparación.

Esta cerámica, genuinamente ibérica, está igualmente fabricada con barro blanco, está pintada de negro y en estas pinturas se representan la misma fauna y la misma flora que en la de época romana; pero los trazos de la ibérica son más gruesos, la representación de tipos es muy tosca, casi estilizada, y la línea del dibujo, insegura y descuidada. Además, los trozos de algún tamaño, están siempre bajo yacimientos romanos, siendo muy raros los que aparecen en la superficie.

La cerámica de época posterior y que puede denominarse ibérica romana es tan abundante en Clunia que no cabe duda fué éste un centro fecundo de producción, aunque desgraciadamente no llegaron sus productos a nuestros días sino en forma de revueltos cascotes.

Dejando otros yacimientos menos importantes, el de más interés se encuentra en el tantas veces nombrado barranco de los Pedregales, que en una extensión de más de 50 metros de ancho por 80 de largo, tiene una capa de cascotes de estos vasos de barro blanco con pinturas negras, que



en el sitio de menos grueso alcanza medio metro de espesor. Teniendo este terreno una estratificación muy perfecta y bien definida, da indudable prueba de las diversas épocas en que se superpusieron las diferentes capas de que está formado. Hacia el comedio del barranco, el orden de estas capas, de arriba abajo, es así: 1.º, tierra laborable; 2.º, arcilla rojiza; 3.º, ceniza; 4.º, cascotes revueltos de cerámica de barro blanco con pintura negra; 5.º, rachas de piedras calizas o sean desbastes de piedras que fueron labradas a pico; 6.º, arcilla con trozos de cerámica tosca y gruesa, en color negruzco rojizo, sin pinturas ni adornos. En las caídas de las colinas que limitan el barranco, los cascotes están a flor de tierra, teniendo por asiento la capa de rachas de piedra ya citadas.

Teniendo esto en cuenta, formulo el siguiente argumento: Muchos edificios de Clunia romana estaban construídos con las piedras cuyos desbastes forman una extensa capa en los Pedregales; por consiguiente, esa capa tiene que ser del tiempo de los edificios de la ciudad romana, la cual no se edificó antes del siglo I de nuestra Era. Luego lo que haya estratificado encima del estrato de esas piedras tiene necesariamente que ser de época posterior. Es así que los pedazos de esa cerámica se encuentran en todos los sitios, superpuestos a la citada capa de rachas de piedra, luego deben de ser de época posterior, es decir, de los últimos años del siglo I de nuestra Era y de tiempos después.

Esta conclusión no implica para el nombre de ibérica que se viene dando a esta cerámica con justo motivo, pues iberos fueron los que siglos antes de Jesucristo empezaron a fabricarla e iberos serían los que perfeccionándola la siguieron fabricando hasta lo menos el siglo III del Cristianismo.

#### CLUNIA ROMANA

Cuando en los años 74 a 78 antes de Jesucristo, Quinto Sertorio se refugió en Clunia y desde allí resistió los ataques de los ejércitos romanos, esta ciudad estaría exenta de toda influencia romana, no sólo en sus costumbres sociales, sino en sus artes e industrias. Tal vez en esta época y bajo la iniciativa del gran Sertorio, dió principio a su evolución hacia la civilización romana y quizás de ese tiempo o de poco después, sean, además de las piedras labradas con la figura del hacha bipenne, que ya cité



antes, la moneda que con tipos celtibéricos y la inscripción CLOVNIQ se conoce como la más antigua de esta población.

En el año 55 antes de Jesucristo, el general romano Metelo Nepote, sitió a la ciudad con ánimo de conquistarla; pero fué vencido, teniendo que retirarse a sus cuarteles de invierno. Poco duró la tranquilidad en Clunia; pues hacia el año 50 otro general romano, Afranio, lugarteniente de Pompeyo, volvió a sitiarla y al fin consiguió apoderarse de ella, dejándola para siempre sometida al yugo romano.

Desde este tiempo hasta el año 26, en que Augusto la eligió para cabeza de uno de los siete conventos jurídicos de la provincia tarraconense, debió Clunia adquirir el carácter de ciudad romana, perdiendo poco a poco sus costumbres y sus artes propios de la civilización celtibérica.

Aunque no creo aventurado afirmar que la mayor parte de los edificios monumentales, cuyas ruinas todavía existen, fueron construídos durante el primer siglo de nuestra Era, es sin embargo muy difícil señalar fecha fija para cada uno de ellos, por falta de inscripciones epigráficas que lo atestigüen. Por eso, dejando el orden cronológico, que sería el más apropiado para describir estos monumentos, adopto el de relativa importancia para la historia de esta ciudad.

#### TEMPLO DE JÚPITER CLUNIENSE

Es tradición constante, sin haber sido jamás desmentida, que en Clunia hubo un templo dedicado a Júpiter. Suetonio, en la vida del Emperador Galba, entre otros muchos augurios relativos a la consecución del Imperio romano por este personaje, da noticia del revelado por un sacerdote de Júpiter cluniense. Aunque lo del augurio no tenga prueba cierta, sí es cierto lo de la existencia del templo de Júpiter en esta ciudad.

Los que escribieron de este asunto afirmaron de consuno que el templo existió; pero ninguno se ocupó de buscar su emplazamiento, que yo creo haber encontrado, aunque a costa de múltiples y costosas exploraciones.

A unos cien metros hacia el Sudeste de la ermita de la Virgen de Castro se eleva un montículo constituído por un conglomerado de piedras unidas con cal, restos de un antiguo edificio que, examinados someramente, parecen ser de construcción romana. Este examen superficial ha extraviado la opinión de muchos y aun extravió la mía, que sólo a costa de cin-

cuenta jornales, empleados en abrir zanjas para descubrir los cimientos, pude convencerme de que tal montículo de ruinas era tan sólo la base de una fortaleza construida durante la Edad Media, con suficiente altura para dominar los puntos más estratégicos del cerro en que se asentó la antigua Clunia. Esta fortaleza, a la que los naturales del país dan el significativo nombre de Torreón, está cimentada sobre otra construcción genuinamente romana, que, excitando mi curiosidad, hizo que intentase su exploración abriendo minas en talud por dos lados diferentes y a unos siete metros de distancia de los paredones fronterizos del Torreón. A dos metros de profundidad salió una gruesa capa de ceniza, en la que abundaban conchas de ostras de gran tamaño. Debajo de esas cenizas encontramos una escalera de piedra sillar de siete metros de extensión y, caídos sobre sus cuatro gradas o peldaños, había seis fustes de otras tantas columnas de orden toscano. A la profundidad de cinco metros se encontró un suelo como de cemento, y desde este suelo, se vió una capa de escombros de unos dos metros de espesor, en que abundaban restos de objetos exclusivamente de época romana.

Explorando esta capa de escombros romanos, compuesta en su mayor parte de informes trozos de bronce y de mármol, que indudablemente habían formado parte de estatuas; examinando los deshechos pedazos de antiguas inscripciones, me convencí de haber encontrado el emplazamiento de un templo pagano que, a mi entender, debería ser el tan celebrado de Júpiter.

El entusiasmo con que se avivó la exploración de esa capa de escombros, lejos de confirmar las fundadas esperanzas, hizo que llegara más pronto al aplanamiento de mi deseo, pues a los tres metros se volvió a tropezar con la cimentación del Torreón de la Edad Media, que, mezclada en aquel subsuelo con la cimentación romana, borraba las líneas que sirvieron de traza para el primitivo templo.

Mi parecer es que al construir el citado Torreón, desescombraron toda la parte interior del arruinado templo; recogieron los trozos de estatuas que tenían forma artística, y destrozando lo demás, igualaron con este revuelto material los hoyos y baches de lo que habría de ser el piso exterior del nuevo edificio. Entre los mármoles de estatua aquí encontrados, el mayor es el perteneciente a una pierna desnuda, de tamaño natural, desde el tobillo hasta la rodilla, y en los bronce, el arranque del cuello, de tamaño algo menor del natural, dorado en toda su superficie exterior. Los

demás trozos de bronce, que entre todos harían el peso de 10 kilos, eran tan menudos, que cualquiera de ellos se ocultaría en el hueco de una mano. Inscripciones en mármol blanco, que tenían más de una letra, sólo aparecieron dos: en una se lee: *ENSI*, y en otra: *OLONI*; pero ambas de tamaño desigual.

Dos trozos casi juntos de una lápida de mármol rojo pálido con vetas amarillas (mármol de Espejón) me proporcionaron la satisfacción de reunir una muestra epigráfica que pueda dar alguna luz en la historia de esta región. Las letras de estos dos trozos, distribuidas en cuatro líneas, son éstas:

MII  
AVG  
LERIVS · VEGETI  
FLAM · ROMAE · ET · AVG

¿Qué interpretación puede darse a este monumento epigráfico? La fantasía, que va siempre más allá de lo que debe, me hizo suponer en los primeros atisbos que habría encontrado el nombre del sacerdote de Júpiter cluniense, que había anunciado a Galba su elevación al Imperio de Roma; pero discurrendo con más tranquilidad, vi que mi parecer tenía más de buen deseo que de realidad. No quiere decir esto que el flamen nombrado en esta lápida no pudiera ser el mismo que anunciara a Sulpicio Galba su próxima dignidad de Emperador; quizá fuera este o el otro flamen de Clunia llamado Calvisio; pero no hay pruebas que lo aseguren, y por tanto, hay que suspender el juicio.

Al estudiar el trozo mayor de esta lápida, que sólo contiene las dos últimas líneas, la completé leyéndola así: VALERIVS VEGETIVS-FLAMEN · ROMAE · ET · AVGVSTI · [Valerio Vegecio, flamen de Roma y de Augusto]; pero al encontrar después el otro trozo con la primera línea mutilada, y la segunda, aunque aislada y abreviada, sí completa, hice muchas combinaciones, sin quedar satisfecho de ninguna. Mi querido compañero y entendido epigrafista D. Ignacio Olavide me ha hecho el favor de estudiar con detenimiento esta inscripción, y cree, dejando siempre a salvo cualquier otra opinión, que la citada lápida debió ser así:

MINervae  
AVG  
c. vaLERIVS · VEGETIanus  
FLAM · ROMAE · ET · AVG

Dejando para lugar más a propósito el exponer las diferentes interpretaciones de que es capaz esta inscripción, sigo diciendo, que en el mismo yacimiento, encontré todas las abrazaderas y clavos de bronce de una *acerra* o arqueta, propia para sacrificios, y que en parte se ha reconstituido; varios trozos de hueso y de marfil, que debieron formar instrumentos musicales, y otros cuantos objetos que casi me convencieron de que en aquel sitio hubo un templo pagano, probablemente el de Júpiter cluniense. Este templo estaba en la parte oriental del Foro, del cual sólo quedan los asientos, de tres filas de columnas.

#### BASÍLICA DE CLUNIA

Al Mediodía y Poniente del Foro se ven restos de edificios, que no he podido identificar, por haber sido demolidos hasta el ras de las piedras nativas; en cambio, en la parte Norte he podido comprobar el emplazamiento de una basilica que ocupaba gran extensión, y sobre parte de la cual estuvo, a mi entender, construída la primitiva ermita de Nuestra Señora de Castro, o sea en lo que después fué hospedería y residencia veraniega de los frailes jerónimos de Espeja.

El ala derecha de la entrada del edificio, que constituye hoy la ermita, tiene aún buena parte de sus muros pertenecientes a la antigua basilica romana, y estos muros debieron ser también del primitivo santuario de la Virgen, que subsistiría como tal, por lo menos hasta el siglo xvi o época posterior en que este espacio de terreno se dedicó a hospedería, corriendo hacia el Oriente el lugar destinado a iglesia, que se hizo de nueva planta con la misma amplitud que hoy tiene.

Por dificultades fáciles de comprender, no se pudieron hacer zanjas exploradoras en lo que fué Basílica; pero se han hecho en terrenos lo más próximos posibles y se encontraron los emplazamientos de varias estancias cuadradas, de unos tres metros de extensión, colocadas en línea recta a uno y otro lado de un muro corrido, con la misma disposición que tienen hoy día los puestos ó tiendas de nuestras ferias o mercados.

En estas estancias se encontraron trozos de inscripciones con una sola o a lo más dos letras, sin posible conexión; un capitel pequeño, dividido en cuatro pedazos que, por lo artístico de su factura, he traído al Museo, y dos grandes trozos de pilastra estriada en sus cuatro lados. La profundidad a que se encontraron estos objetos fué de un metro, pasado el cual ya se ve la piedra nativa.

## TEATRO DE CLUNIA

Siendo este monumento la ruina más perceptible e interesante de la población romana, no es de extrañar que cuantos publicistas se ocuparon de Clunia trataran de llamar la atención acerca del teatro. Lo sensible es que estos escritores clunienses no hayan examinado con el debido detenimiento esta notable ruina, y por esto no hayan dicho acerca de ella más que lo que dijo Loperráez, el cual tampoco la examinó al detalle, como se puede comprobar en alguna de sus afirmaciones, que copiaron servilmente todos los que después trataron de este asunto. El más corriente de estos equivocados detalles es que la *cavea* tiene once *cúneos*. «Las precinciones y gradas (dice Loperráez) las dividen once *cúneos* o bajadas de seis pies de ancho.» Ceán Bermúdez, hablando de los *cúneos* de este teatro dice: «Son once los de éste, muchos más que los ordinarios de otros edificios de esta clase.» El *Diccionario* de Espasa que recopila lo escrito acerca de este teatro, dice hablando de la *cavea*, que «sus gradas están separadas verticalmente en once *cúneos* cortados por escaleras».

Esta cifra de *once* la llevaba tan grabada en mi primer visita al teatro, que no viéndola confirmada, hizo que más de treinta veces haya mirado y paseado la *cavea* para quedar cerciorado de que no es exacta.

Si *cúneo*, en un teatro, es la separación de gradas por escaleras (*scalae*), que corren de alto abajo, el teatro de Clunia no tiene más que cuatro *cúneos* en la *cavea media* e *ima*, y ocho en la *summa cavea*.

Otras dos inexactitudes de los escritores son: que está la *cavea* dividida en cinco precinciones, y que toda ella está construída en roca viva. No es esto: las precinciones son tres, y la roca viva sólo se ve en la *cavea media* y *summa*; pues la *cavea ima* se hizo casi toda de mano de hombre, recostada sobre la arcilla gredosa amarillenta que todavía sirve de apoyo a la parte superior.

No siendo propio de este trabajo ir analizando una por una las inexactitudes descriptivas de este monumento, haré su descripción exacta y así estableceré un término de comparación a que poderse referir.

Está situado en la parte alta de un barranco que mira hacia el Oriente y resguardado de los vientos del Norte y Poniente. La veta de piedra que corona la parte alta del cerro tiene gran espesor en este sitio, mas no el suficiente para labrar en ella toda la gradería de la *cavea* entera.



Tiene esta *cavea* desde el piso de la *orchestra* hasta las piedras en que debieron estar las últimas gradas 38 metros a cordel tendido, distribuidos en esta forma: de la *cavea ima* 16, de la *cavea media* 11 y de la *cavea summa* 11. El diámetro de extremo a extremo de la *cavea media* es de 63 metros. El muro que cierra la entrada del teatro por abajo, tiene desde un ángulo a otro 51 metros; desde este muro al de la *scena*, 11,50; al del *pulpitum*, 14, y al circular del fondo de la *orchestra*, 28 metros. El ancho de las *scalae* es de 1,35, y de *scala* a *scala*, en la *cavea summa* hay 10 metros. La *cavea ima* debió tener la mitad de gradas más que cualquiera de las otras dos, en cada una de las cuales se cuentan hoy, por lo menos, diez.

En cada uno de los extremos del semicírculo formado por la *cavea ima* hay una puerta, especie de *vomitorio*, en el que empieza una galería que tiene salida por un muro, que aísla las gradas de la parte exterior del teatro. Esta galería, que es una desde la entrada lateral del teatro y mientras corre por bajo del muro que cierra la *cavea*, se bifurca bajo las gradas superiores de la *cavea ima*, y forma un pasadizo muy estrecho (de 50 centímetros), que va a terminar en las tres gradas de distinción más próximas al piso de la *orchestra*: la otra rama de galería, que es la que hoy termina en la puerta, seguía sobre un suelo abovedado hasta el medio de las gradas de la *cavea ima*, de modo que era un verdadero *vomitorio* lateral, que probablemente no sería único, sino que habría otros dos parecidos, uno para la *cavea media* y otro para la *summa cavea*. Según esto, se puede afirmar que este teatro no tenía vomitorios centrales, llamémoslos así, pero los tenía laterales en número de ocho, a saber: dos estrechos, uno a cada lado de las gradas de la *orchestra*, y seis más holgados que correspondían a las seis entradas laterales de las tres series de la *cavea*, o sea *ima*, *media* y *summa*. Con estos vomitorios laterales, más las tres *scalae* que corrían de alto a bajo toda la *cavea*, había salida y entrada desembarazada para todos los concurrentes. A mi entender, está resuelta con lo dicho la cuestión sostenida por algunos sobre si los concurrentes entraban en el teatro por arriba o por abajo. Mi opinión es que entraban por arriba y por los lados, no pudiendo llegar a la *cavea* por abajo, según puede comprobarse, viendo la disposición de los muros descubiertos en estas excavaciones, que sólo tienen puertas que comunican con la *escena* y con la *orchestra*.

No he podido encontrar qué clase de pavimentación tendría el suelo de la *scena* ni de la *orchestra*, aunque supongo que en ninguna de las dos ci-



tadas partes del teatro formaría un macizo con el suelo natural, sino que estaría levantado y algo en hueco, con objeto de evitar la humedad del manantial que, aunque hoy brota con abundancia sobre las gradas de la *cavea ima*, en aquel tiempo debió aflorar más bajo, y le daban salida por un canal subterráneo, cuya boca circular y de 50 centímetros de diámetro encontré este año a dos metros de profundidad del nivel del suelo de la escena.

Para poder emitir con algún fundamento estas opiniones, hice excavaciones en el lado del teatro que tiene el suelo menos recalado por las aguas que en él brotan, y desde el suelo que daba entrada a la puerta de la galería ya citada, que se ve en los dibujos adjuntos, profundicé siete metros hasta encontrar el suelo nativo, y en una extensión de más de diez hasta llegar al lugar correspondiente a la *orchestra*. Al nivel del piso de esa puerta encontré grandes sillares labrados, por un lado en forma cóncava y por otro con cara plana, señal cierta de que habían servido de piso de la parte superior, y de techo abovedado de una estancia más baja. Este piso y bóveda tendrían un metro de espesor: debajo había tres metros de escombros revueltos, en los que abundaban trozos de columnas estriadas, deshechas en muchos pedazos y capiteles, en su mayoría de estilo compuesto. Al llegar a estos tres metros de profundidad, había señales de otro suelo, pero no horizontal, sino un poco inclinado hacia el centro del teatro, y debajo de este indicio de suelo otros tres metros de escombros, de entre los cuales salió un tronco de estatua de mármol blanco de poco más del tamaño natural, una cabeza de piedra ordinaria, o más bien de una clase de piedra que yo creo artificial, una ara votiva con inscripción, y unas dos docenas de grandes clavos de hierro, alguno de los cuales alcanza el peso de dos kilos.

En esta profundidad de seis y de siete metros, el capitel menos deshecho estaba roto en siete pedazos, lo que hago constar para probar que los destrozos causados ex profeso en estas ruinas datan de muchos siglos antes de nuestra época actual. El ara, que sólo pudieron mutilar en el ángulo de su base, tiene esta interesante inscripción en cinco líneas:

FESTVS  
REIPVBLICAE  
CLVNIENSI  
VMSERVVS  
NVMINI II...

Es lástima que falte el nombre del dios a quien estaba dedicada; pero, de todos modos, es valiosa, por constar en ella el apelativo de los ciudadanos de Clunia.

Hubiera deseado tropezar con alguna inscripción que diera a entender, aunque sólo fuera aproximadamente, el año o la época de la construcción de este monumento; pero todos mis trabajos en este sentido resultaron estériles. Supongo que sería en el último tercio del siglo I, mas para esta suposición no tengo fundamento serio.

Dije antes que creía formada de piedra artificial una cabeza encontrada en el subsuelo del teatro, y como esto, por la novedad del asunto, pudiera interpretarse como una ligereza mía, insisto en lo mismo, afirmando que en dos capiteles extraídos del mismo sitio que la cabeza, me fijé en uno de sus adornos, que consistía en dos medias rodancas unidas por un clavo de hierro recubierto de una capa del mismo color y dureza de la piedra, y este clavo no tenía orificio de entrada ni de salida, sino que estaba totalmente embutido en la masa de piedra; en este adorno no se veía tampoco pieza alguna superpuesta; por esto deduje que aquellos capiteles se habían hecho vaciando en un molde la piedra convertida en caldo, que se endurecía después. Sin aferrarme a esta idea, la emito para que la diluciden personas más peritas en estos asuntos.

#### AGUAS Y TERMAS

El abastecimiento de aguas para la población de Clunia es un problema que con poco éxito han intentado resolver los que se ocuparon de la historia de la ciudad. Ultimamente, en 1914, don Vicente Hinojal, en sus *Apuntes acerca de las ruinas de Clunia* escribe sobre este asunto:

«¿De dónde se surtía de aguas la ciudad? ¿Recogerían las aguas pluviales en albiges? ¿Las subirían del río Arandilla? ¿No habrían previsto los habitantes un prolongado asedio, en cuyo caso, siendo insuficientes las pluviales, veríanse, por otra parte, privados de bajar por ellas al río y manaderos? Preguntas son éstas a las que no se ha podido dar una contestación fundamentada hasta pocos años ha. Mas desde hoy se puede contestar categóricamente que la ciudad disponía de abundantísimo caudal de aguas sin necesidad de hacer uso de las pluviales ni de las del río Arandilla y manaderos; pues estamos encima de una gran laguna subterránea, quedando con esto explicado el objeto de los tragaluces.»

Yo respeto mucho la opinión del señor Hinojal; pero confieso que su categórica contestación no me acabó de convencer cuando leí su folleto; y me convenció menos cuando recorrí parte de las galerías que él recorrió para llegar a lo que llama *laguna subterránea*.

Como el señor Hinojal no razona su afirmación, es necesario aportar algunos datos que sirvan de fundamento a una conclusión que por lo menos tenga visos de certeza.

La galería en que penetró el señor Hinojal es la que tiene acceso por la llamada cueva de Román, que es por donde hemos entrado todos los curiosos más o menos aficionados a ese género de investigaciones. La galería en cuestión está, en general, cavada en piedra caliza nativa; y digo en general, porque en algunos sitios las fallas de la piedra están suplidas por mampostería unida con cal. La altura media de esta primera parte de galería es de dos metros escasos, y la anchura, unos 70 centímetros. La parte alta es bóveda apuntada, y ambos lados, desde el suelo hasta la altura, de 1,20 metros, tienen un retalle de 20 centímetros. Este retalle o murete de refuerzo, está sacado de la misma piedra nativa y a veces está formado con esa especie de mampostería antes dicha. Los tragaluces o respiraderos que unen la galería con el exterior, forman un cono, cuya base tiene 1,20 metros de diámetro, no pudiéndose fijar su extensión en la parte alta, por estar atorado de tierra y piedras. Para facilitar, sin duda, el descenso y ascenso por estos respiraderos, tienen en dos lados una línea de huecos de 10 centímetros en cuadro, huecos que también noté en las paredes de la galería, sin poderme explicar el destino de estos últimos. Un detalle digno de notar en esta galería es que el piso de ella está más bajo a la entrada, y aunque con poco desnivel, se va elevando a medida que avanza cerro adentro. Este detalle me hizo suponer que abriendo una zanja perpendicular a la línea de esta galería y a unos 500 metros en lo alto del cerro, encontraría la misma galería o mejor dicho acueducto, y, efectivamente, próximo al sitio que llaman Los Arcos, hallé lo que suponía a unos dos metros de profundidad del suelo laborable. Aquí, el acueducto tiene poco más o menos la misma altura y anchura; pero ya está todo formado de ladrillo y el techo es de bóveda menos apuntada. La dirección de éste es casi la del barranco donde se encuentra la cueva de Román. De igual tipo que este acueducto o galería, hay otro que desde el Torreón va al barranco de Cuevas ciegas, con la diferencia de que este último está a más profundidad que el encontrado al lado de Los Arcos.

Estudiando estos acueductos de la parte alta del cerro, procuré buscar una relación posible entre ellos y la laguna subterránea, y no la encontré; en cambio me parecieron más en relación con un *castellum aquae* (depósito de aguas) al que vinieran las aguas desde fuera, distribuyéndolas por medio de estos acueductos, que terminarían en donde empieza la galería de la cueva de Román.

En este supuesto, y creyendo que la traída de aguas sólo podría venir de la parte oriental, pregunté a varios ancianos si había alguna tradición relativa a mi creencia, y dos de ellos me dijeron haber oído que desde el cerro al pie del cual está hoy el molino del Corcho, hasta el del barranco de Cuevas ciegas, hubo un puente grande, y esto me hizo sospechar si ese puente sería el acueducto necesario para explicar el abastecimiento de aguas a Clunia, en cuyo caso el *castellum aquae* estaría en lo que hoy llaman las Paderejas, desde donde se haría la distribución general, recogiendo el sobrante en un gran embalse subterráneo, que bien pudiera ocupar el lugar donde el señor Hinojal dice haber visto la laguna.

Geológicamente hablando, esa supuesta laguna no puede recibir más aguas que las provenientes de la filtración de las de lluvia.

Algunos escritores han señalado como lugar de las termas de Clunia las importantes ruinas todavía existentes en el sitio llamado Los Arcos; y con este motivo se hicieron en este año costosas exploraciones, que, lejos de confirmar tal suposición, la han contradicho, pues al menos en el Poniente de dichas ruinas, se ha encontrado un horno circular, en uno de cuyos lados había un vaciadero de escorias de hierro, y dentro del horno, tres grandes bloques de hierro mineral; el menor de estos bloques pesaría unas diez arrobas. Cerca de este horno se encontraron tres puntas de saeta con su espiga completa, como si no se hubieran usado. Después de esto, nada se encontró que pudiera indicar la existencia de termas en este sitio, siendo más probable que estuviesen en una hondonada que hoy llaman el Hoyal, en donde hay una extensa escalera circular de la que sólo se conservan dos gradas, o en un lado de la hondonada que hay al Oriente de la ermita, donde también hay restos de importante edificio romano.

#### LOS MOSAICOS

En estas ruinas, como en todas las de importantes ciudades romanas, abundan los pisos de mosaico, pero todos los descubiertos hasta hoy son

de escaso mérito, formados por *tessellas* gruesas de dos colores, haciendo dibujos geométricos, a excepción de uno que encontré de cinco colores y de *tessellas* menudas que, según dicen, tenía antes la figura de un toro y del que sólo alcancé a ver la de un cuerno, pues lo demás fué arrancado poco a poco hace unos quince años. Junto a este mosaico fino y a su mismo nivel, hay uno de dos colores cubierto con una capa de cal de medio centímetro de espesor y otro muy basto y sin cubrir que ocupa una extensión de seis metros en cuadro. Estos tres últimos mosaicos están en el sitio llamado Los Arcos; pero el edificio a que pertenecían no tiene relación con el inmediato donde dije que se encontró el horno.

Debajo de estos mosaicos encontré piedras sillares labradas; pero sin adornos artísticos, que tal vez formaran parte de edificios pre romanos, y digo esto porque, según noticias, fué de este sitio de donde extrajeron los dos frentes de sepulcros de que antes hablé, clasificándolos como de la época de transición de lo ibérico a lo romano.

Por la extensión del terreno en que se encuentran estos mosaicos y por el espacio que limitan las ruinas de edificios romanos, creo exagerada la cifra de vecinos que calculan para Clunia los escritores anteriores (Loperráez, 60.000, y Arias de Miranda, 80.000); siendo vecinos, creo que no pudieron pasar de 8.000, lo que en habitantes da un total próximamente de veinticinco a treinta mil almas, que es lo que tendría Clunia en la época de su mayor apogeo. En el teatro habría asientos para 2.500 o 3.000 espectadores.

#### ÉPOCA POST-ROMANA

Ni las excavaciones ni los monumentos conocidos dan noticias ciertas acerca de lo que fué Clunia desde que el Imperio romano dejó de dominar en nuestra Península. Una tradición constante asegura que esta ciudad fué destruída por los godos, lo cual es muy verosímil, aunque no puede deducirse por esto que la destrucción fuera completa, en lo que se refiere a la parte material, y sí sólo a lo que, social y políticamente hablando, representaría Clunia con respecto a la región. A este tiempo, o sea al primer cuarto del siglo v, atribuyo la destrucción del acueducto, si le hubo, que condujera las aguas desde fuera a la ciudad, y de todos los que distribuían dichas aguas dentro de la población, lo cual sería causa de que muchos de sus vecinos trasladasen sus viviendas a lugares cercanos que reuniesen más comodidades para la vida ordinaria.



La población, considerablemente disminuída, fué asaltada y conquistada por los árabes, ya bien entrado el siglo VIII, con cuyo suceso disminuyó más el número de sus pobladores, los cuales, al ser reconquistada por Alfonso I *el Católico*, fueron trasladados a Asturias.

Más tarde, en tiempos de Abderrahmán III, este Califa estuvo cinco días en Clunia, permitiendo a sus tropas el saqueo y la destrucción de cuanto quedaba sobre aquel suelo, que desde entonces quedó convertido en un erial.

Ni los visigodos ni los árabes han dejado en Clunia huellas de su civilización, y como ya desde el siglo XI empezaron a formarse los poblados que hoy limitan su antiguo emplazamiento, en ellos hay que buscar las últimas páginas de la historia de esta ciudad, que ya ni aun casi se la puede denominar célebre ruina.

Octubre de 1915.





